

CARLOS AGUIAR DE MEDEIROS\*

## DESARROLLO ECONÓMICO, HETEROGENEIDAD ESTRUCTURAL Y DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA EN BRASIL

EXISTE HOY un gran consenso acerca de que Brasil es un país marcado profundamente por desigualdades en el acceso a los bienes, servicios y cultura. Se afirma aquí un perfil distributivo primitivo teniendo a la vista el nivel de la renta por habitante y el avance del capitalismo.

Más que cualquier otro economista, Celso Furtado construyó su obra buscando las razones básicas de este patrón. La fractura económica y social y la heterogeneidad en el plano económico y de las clases sociales forman la base de su concepto de subdesarrollo. Para Furtado, se considera la distribución del ingreso no como una particular configuración de una estructura económica, sino más bien el resultado de una coalición distributiva dada formada por el distinto poder económico y político de las clases sociales, en particular de los propietarios de la tierra y de los capitalistas con relación a los asalariados urbanos y la masa rural. Este análisis contrasta inmensamente con los estudios que hoy predominan sobre la desigualdad, que la atribuyen a la carencia de algo, una imperfección del gobierno, las características de la fuerza de trabajo, la educación, independiente de la estructura productiva y social.

\* Profesor en el Instituto de Economía de la Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil.

El análisis original de Furtado discrepa también, como procuraré explorar más adelante, con la proposición muy difundida en los años más recientes de que la industrialización no constituye base esencial para la reducción de las desigualdades, ya que se dio en forma acelerada en el país entre 1950 y 1980 sin alterar substancialmente la distribución del ingreso, que se mantiene altamente concentrada en todo momento.

La pregunta intrigante que debe hacerse en el caso del capitalismo brasileño es la fuerza de las coaliciones distributivas que mantienen la inercia de un patrón de distribución injusto, ignorando los cambios estructurales de gran alcance que se caracterizan hoy como en el pasado por el bajo ingreso y salario de las masas urbanas y rurales brasileñas.

Quisiera destacar que los análisis distributivos actuales basados en el rendimiento de los individuos y de las familias captan muy imperfectamente las cuestiones fundamentales para la comprensión de las conexiones entre el desarrollo económico y la distribución y, en particular el rasgo esencial de nuestro país: predominante nivel bajo del salario entre los asalariados urbanos y agrícolas, o predominante nivel bajo de los ingresos de los ocupados urbanos y de los pequeños productores rurales, o también del salario de la mayoría urbana y agrícola y de los ingresos de las clases populares en general (salario promedio de 2 salarios mínimos, ingreso familiar per cápita, medio salario) y en consecuencia, los elevados ingresos del capital y de los propietarios, obtenidos por sus detentadores y sus familias. Es decir, la pobreza entre nosotros no alcanza a grupos minoritarios de la sociedad, pero las rentas de la mayoría de la masa urbana y, sobre todo de la mayoría de la población rural son muy bajas y la fragilidad de sus posiciones ocupacionales hace que la situación de pobreza sea un fenómeno masivo.

En el poco espacio del texto me preongo desarrollar, a partir de ciertas proposiciones inspiradas en Furtado, algunos problemas sustantivos de nuestro patrón de distribución. Lejos de una exégesis de su extensa obra, busqué en *Dialéctica del desarrollo*, editada en junio de 1964, algunas referencias básicas de su análisis.

Pocos habían percibido con tanta claridad como Furtado la configuración de una dinámica distributiva excluyente en la formación de nuestro modelo primario exportador. La introducción de un sector de exportación moderno en un campo atrasado económica y socialmente y la captura de las políticas públicas por los intereses de los grandes propietarios de la tierra habían formado la base económica y política de la concentración del ingreso. En palabras de Furtado:

De un lado estaba la gran agricultura de exportación, puntal de la economía colonial y, de otro, la agricultura dirigida hacia el mercado interior [...] La primera, imbuida del espíritu mercantil, mantenía tradicionalmente los controles de los centros de decisión política.

La segunda, asentada en una estructura semi-feudal de contenido monetario escaso y limitada en su actividad política a los intereses locales (Furtado, 1964: 127).

La expansión de las relaciones de propiedad y mercantiles, defendidas sin restricciones por un estado oligárquico sin ser acompañadas de las políticas públicas dirigidas a la extensión de la producción de los bienes salarios constituyó la base social de nuestro modelo agrario-exportador. Los salarios bajos y las altas rentas de la tierra crearon un obstáculo a la formación de un mercado interno dinámico. Los circuitos de riqueza del sector exportador no eran transmitidos a los demás sectores sociales, estableciendo una sociedad altamente polarizada. Por otra parte, la naturaleza inestable y cíclica del desarrollo y el diseño de la infraestructura hacían que el desarrollo de un área no tuviese influencia sobre las demás, “las regiones que entraban en declinación, en épocas distantes, habían sobrevivido secularmente apoyándose en formas de economía de subsistencia, sin cualquier impulso propio de crecimiento” (Furtado, 1964) y, de allí, la formación de grandes áreas deprimidas.

La heterogeneidad estructural en sus dimensiones regional, sectorial y ocupacional se afirmó como un rasgo sobresaliente de nuestra formación económica y social. Pero, más allá de los aspectos macroeconómicos, ella se expresaba en un país de dimensiones continentales en la insuficiencia de la infraestructura física. Sus contrapartes en la distribución del ingreso son la apropiación de la renta en los sectores modernos, y en cuanto al polo atrasado –y más precisamente la agricultura de alimentos– el resultado es la pobreza. Este análisis fue desarrollado extensamente en el nordeste brasileño, la región central de la formación del subdesarrollo, donde el crecimiento a través de la extensión de las tierras dirigidas hacia las exportaciones expulsa a la población rural hacia la subsistencia miserable<sup>1</sup>.

Frente a la intrínseca inestabilidad del primario exportador, fue la búsqueda de la sustentación de la acumulación de capital a través de la intervención heterodoxa del Estado, la que dio lugar en el inicio del siglo XX, como magistralmente fue examinado por Furtado, al desarrollo industrial.

---

1 “Si observamos en conjunto la agricultura del nordeste, comprobamos que una constante de su evolución reciente ha sido la paradoja extraña de que el aumento de la producción ha coincidido con una mayor irracionalidad del sistema económico analizado desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores. Así, en la zona de bosques, la extensión de los cañaverales extremó todavía más la miseria de los trabajadores, privándolos de la posibilidad de producir sus propios alimentos. En los campos, la valorización del ganado ejerció presión en la dirección de elevar la renta de la tierra pagada por un trabajador de productividad estacionaria. En las tierras medias, las mejores condiciones para ampliar el ganado creadas por las obras del gobierno habían permitido que creciera la población que exige un aumento de la producción de alimentos en tierras cada vez más sujetas a irregularidades climáticas” (Furtado, 1964: 179).

La industrialización que se afirmó en el país en los años treinta se dio así en un contexto social y político caracterizado por el firme mantenimiento del poder político de las clases propietarias tradicionales a través de su control sobre el Congreso; pero empezó por incorporar con mayor poder a los industriales y sectores organizados de trabajadores urbanos tutelados por el Estado. Como percibió Furtado:

La clase dirigente en un país de economía subdesarrollada tiende a diferenciarse en tres sectores principales: el original núcleo latifundista, el grupo que controla los intereses ligados al comercio exterior (siempre con amplias relaciones externas), y el grupo capitalista apoyado básicamente en el mercado interno. El primer grupo se presenta en general como librecambista y anti-estatista, es decir, contrario a toda modificación en el statu quo, el cual se imagina tendría que venir por medio de la acción del Estado. El segundo grupo también es librecambista, pero su liberalismo ya está marcado de calificaciones, por lo tanto este grupo temprano aprende a utilizar la máquina del Estado en defensa de sus negocios externos. El tercer grupo es proteccionista y, sobre muchos aspectos, estatizante, procurando utilizar la máquina del Estado [...] para transferir recursos en beneficio propio (Furtado, 1964: 83).

Es con esta formación social que se vigoriza la industrialización liderada por el Estado. Formación que todavía articula de manera desigual los intereses de los sectores industriales y de otras fracciones del capital con el conjunto de la economía. Es decir, la protección al mercado interior a través de la política cambiaria y el control de las importaciones, si de un lado amplió el poder de mercado y los ingresos de los capitalistas industriales, por otro generó el empalme vasto con el conjunto de la economía por medio del crecimiento económico. Movilidad ocupacional ascendente, extensión del trabajo asalariado moderno, extensión notable de las capas medias, reducción de la pobreza absoluta y uso de nuevos bienes caracterizan a nuestra industrialización.

Desarrollo y, al mismo tiempo, concentración de la renta. Esta resultaba de la miseria de las poblaciones rurales, sobre todo del nordeste y de su efecto depresor sobre la base de los salarios urbanos. La “oferta ilimitada de mano de obra” generada con la explosión urbana por un lado, y la baja productividad de la agricultura de alimentos por otro, y las relaciones de propiedad en el campo deprimían el poder de negociación de los trabajadores creando una estructura de precios relativos desviada contra los salarios y los ingresos de la agricultura de alimentos.

El golpe de 1964 excluyó un camino alternativo basado en un proyecto nacional centrado en la elevación del poder político y el patrón de consumo de las masas urbanas y agrícolas. Proyecto al que Furtado se dedicó en el plan trienal y en el que a pesar de la resistencia económica y

política estaba la reforma agraria y las políticas públicas que favorecían las áreas atrasadas. Hubo una fuerte reducción del salario mínimo y por medio de la reforma monetaria y tributaria las rentas de los propietarios fueron estimuladas y protegidas. Las “desigualdades a favor de la cima” de la distribución de la renta aumentaron. Sin embargo, el compromiso con el desarrollo y la industrialización en tanto proyecto nacional fue reforzado con una integración física del territorio nacional.

Importantes consecuencias sociales y estructurales resultaron de la industrialización acelerada liderada por el Estado, entre las cuales están la emergencia de una nueva clase obrera urbana e industrial, con la expansión de un activo sindicalismo de fábrica, y la modernización de la agricultura. Estas transformaciones reducirán la heterogeneidad en la economía brasileña y abrirán nuevas posibilidades que favorecen los cambios en las coaliciones distributivas.

En los años ochenta, la crisis macroeconómica externa, producto de la explosión de los intereses sobre la deuda externa y la aceleración inflacionaria, dio por resultado que se abortaran estas posibilidades a despecho de la demanda por derechos sociales consagrados en la Constitución de 1988. La creciente presión de las grandes compañías y de los bancos privados contra el Estado desarrollista y las empresas públicas resultó en una profunda fractura en la coalición desarrollista.

En los noventa se afirma una nueva coalición distributiva formada en el plano de los intereses materiales por nuevos grupos financieros, por el nuevo capital extranjero atraído por las privatizaciones de los servicios públicos, los exportadores industriales y, sobre todo, el *agrobusiness*; y en el plano de las ideas, un “librecambismo con cualidades”, en la feliz expresión de Furtado. La contrapartida al vertiginoso crecimiento de los pasivos externos produjo un elevado endeudamiento interno. La adopción del fiscalismo ortodoxo como política macroeconómica predominante determinó la dinámica y las opciones básicas del modelo de inserción externa, liderado por los flujos financieros del balance de pagos.

La apertura comercial y financiera y las privatizaciones pusieron en marcha transformaciones de largo alcance en la estructura económica y social brasileña. La caída de los márgenes de ganancia del sector industrial expuesto a la competencia externa, la caída de los precios de los alimentos resultado de la modernización agrícola y la extensión del patrón de consumo de una nueva generación de bienes durables se afianzó en los años pasados. Al mismo tiempo, en la pista del *agrobusiness* se desarrollaron nuevas regiones del interior.

Articulada con estas transformaciones, la nueva política económica dirigida hacia los intereses de los nuevos grupos no generó impulsos expansivos para la economía nacional. Así, el estancamiento del ingreso por habitante a lo largo de los años noventa siguió a la política de altos

intereses y deuda creciente, y la política fiscal ortodoxa adoptada en la década acabó por introducir el conflicto distributivo irremediable entre el pago de las cargas financieras de la deuda beneficiando a un nuevo grupo de rentistas y los gastos sociales dirigidos a propiciar transferencias en los ingresos; un conflicto directo entre la tasa de interés y el salario mínimo (y debido a su influencia, el salario básico de los trabajadores no calificados). El conflicto distributivo se afirmó tanto desde el punto de vista del gasto como también desde el punto de vista de la recaudación que creció de forma acentuada y regresiva. Bloqueó en su acción las inversiones en hospitales, educación, saneamiento y vivienda.

Una “desindustrialización precoz” de la fuerza de trabajo simultáneamente con la contracción del empleo agrícola conducirán a una alta precarización del empleo urbano e inusitado empleo abierto o flexible, debilitando las posiciones contractuales de los trabajadores y la masa de los salarios. En lo referente a los precios relativos se observa que si la caída de los precios de alimentos era favorable al asalariado urbano, la subida y dolarización de las tarifas de los servicios públicos que siguió a la política de privatización comenzó a ocupar una pesada fracción en los gastos de las familias urbanas más pobres.

Estas transformaciones tuvieron amplios impactos distributivos sobre las clases sociales (Quadros, 2003). La capa superior, formada por los empresarios, la alta clase media asalariada o autónoma y sus familiares, vio aumentar su porción del ingreso (15,4% de la población, 26 millones de personas, 45% del ingreso); la capa intermedia, formada por los propietarios cuentapropistas, la clase media asalariada o clase media independiente (16% de población, 18,5% del ingreso) habían guardado con dificultades su posición en la renta nacional; la masa trabajadora urbana, formada por la baja clase media asalariada, por los obreros y demás trabajadores asalariados y autónomos (55% de la población, 93 millones, 32% de la renta) y las masas rurales que engloban la pequeña agricultura familiar y los trabajadores agrícolas (14% de la población, 24 millones, 4,4% de la renta) habían tenido caída del ingreso.

Aun así, tal como en los años sesenta, cuando los bienes de consumo durables fueron ampliamente difundidos entre las capas populares urbanas, también en los noventa nuevos bienes, como la TV color y los lavarropas, fueron considerablemente difundidos; las carencias, en tanto, se acumularon más y más en el uso de bienes públicos y en la degradación de las condiciones de vivienda, en la infraestructura urbana y agrícola.

El punto central es que el régimen macroeconómico y de acumulación centrado en la defensa intransigente de los intereses de los nuevos grupos financieros, de los segmentos internacionalizados de la industria, del nuevo capital extranjero, del renovado primario exportador y de las familias dolarizadas, tal como sucedía en el modelo agra-

rio-exportador –tan agudamente examinado por Furtado– choca con cualquier estrategia efectiva de distribución del ingreso.

Al contrario de lo que pasa con el país, desde el punto de vista de las grandes empresas y las fortunas, no ha habido estancamiento, sino una elevada tasa de beneficios y ganancias financieras. Los desdoblamientos de estos beneficios para abajo en los circuitos productivos y de servicios que le son funcionales y la manutención de los rendimientos de la alta clase media explican la elevación de la participación de la clase alta en la renta nacional. También explican la expansión de un interior más rico alrededor de las nuevas regiones agro-exportadoras. Pero debido al coeficiente de importaciones y a la contracción fiscal, estos circuitos de la renta y riqueza no generan con sus estímulos de demanda impactos expansivos capaces de arrastrar al crecimiento al conjunto de la economía.

En contraste con un “crecimiento con oferta ilimitada de mano de obra”, para utilizar la expresión clásica de Arturo Lewis, lo que se aplica al desarrollo que vivimos en los últimos años es “oferta ilimitada de mano de obra sin crecimiento”. La configuración de un núcleo dinámico restringido a un moderno primario exportador y los segmentos industriales y de servicios modernos en medio de una estructura ocupacional degradada y elevado desempleo constituyen la fisonomía moderna del subdesarrollo y heterogeneidad estructural, tal como Furtado observó en su tiempo sobre nuestro país. Es de nuevo un callejón sin salida para cualquier política de distribución.

## BIBLIOGRAFÍA

- Furtado, C. 1964 *A dialética do desenvolvimento* (Rio de Janeiro: Fundo de Cultura).
- Quadros, W. 2003 “A evolução recente das classes sociais no Brasil” en Proni, M. W. y Henrique, W. (orgs.) *Trabalho, mercado e sociedade* (São Paulo: UNESP).